

CONTRA LA GRAVEDAD

Gerard Gil

Existen ciertas películas de cuya naturalidad se desprende una belleza muy particular. Me refiero a esas películas en las que pasa algo de verdad, por oposición a aquellas en las que se simula que sucede algo. Esta peculiaridad no es, como podría pensarse, patrimonio exclusivo del documental, pues es frecuente que una simulación acabe por convertirse en algo real y, si alguien simula demasiado bien que golpea a otro, puede partírle la nariz. Ese es el caso de algunos films de Jean Rouch, como *La Pyramide Humaine*, una película en la que unos chicos separados por prejuicios raciales se unen para dramatizar una ficción que acaba por cambiar sus vidas reales. Qué poco nos importa en estas películas si el encuadre, la luz o el sonido son defectuosos. Lo que nos importa es la verdad del hecho más que la historia. Por eso, el término acuñado por Rouch, *cinéma vérité*, resulta apropiado. La idea de verdad no implica ninguna verdad dogmática o absoluta. Se trata de una verdad abierta, como lo es siempre la verdad de un hecho.

Esa misma belleza del hecho la encontramos en muchas películas de corte científico realizadas sin ninguna pretensión artística, simplemente para documentar experimentos. Algunas filmaciones del investigador canadiense John Hutchison, por ejemplo, están filmadas en súper-8 y, desde luego, su factura técnica no es ninguna maravilla, pero en ellas vemos objetos que levitan en el aire, metales que se doblan como gelatina a temperatura ambiente y llamas que salen del cemento. Y todo ello es producido por un curioso bombardeo de ondas electromagnéticas, lo que desafía todas las leyes conocidas de la física. Conseguir imágenes como las de Hutchison no sería difícil para un mago aficionado o un timador imaginativo, cabe incluso la posibilidad que esos films no sean más que eso, trucos. Pero mientras nadie demuestre su impostura, esas imágenes imperfectas no pueden dejar de maravillarnos porque ponen ante nuestras narices un misterio que ni el propio Hutchison es capaz de explicar.

Cuando Hutchison empezó su carrera como investigador independiente, siguió paso a paso el camino trazado por su admirado Nikola Tesla, e incluso construyó una réplica de su laboratorio. Tesla, inventor de la corriente alterna, de los principios que llevarían a la invención de la radio y de un sinnúmero de patentes que cambiaron el rumbo

de la humanidad, murió en la miseria por ser una persona desinteresada. Su estilo de vida monacal, su absoluta entrega al trabajo y sus extraordinarias habilidades mentales hicieron de él un genio de la talla de un Newton o un Kepler, pero no hicieron de él un individuo práctico. Entre sus peculiaridades estaban la de comer con dos docenas de servilletas, una increíble sensibilidad auditiva, y la propensión a las alucinaciones y a la visualización de colores. Tesla meditó quizás sobre este último problema suyo más que sobre ningún otro y dedujo que si su cerebro podía producir imágenes en su retina, también tenía que ser posible proyectar imágenes sobre una pantalla a partir de impulsos eléctricos, a lo que dedicó algunas investigaciones que se cuentan entre los balbuceos de lo que luego sería la televisión. Respecto a sus visiones coloreadas, él mismo escribió:

Cuando cierro los ojos, invariablemente observo, primero, un fondo de un azul muy oscuro y uniforme, parecido al cielo en una noche clara pero sin estrellas. A los pocos segundos, ese campo se anima con innumerables copos de un verde brillante, dispuestos en varias capas y avanzando hacia mí. Entonces, aparece a la derecha una bonita forma compuesta por dos sistemas de líneas paralelas muy juntas, en ángulos rectos las unas con las otras, con toda clase de colores predominando el amarillo, el verde y el oro. Inmediatamente después, aumenta el brillo de las líneas y el conjunto es salpicado con gruesos puntos de luz parpadeante. Esta imagen se mueve lentamente a través del campo de visión y, en aproximadamente un segundo, desaparece por la izquierda, dejando tras de sí un terreno de un gris inerte y desagradable hasta que la segunda fase es alcanzada.

La segunda fase a la que hace referencia Tesla era una especie de cine particular en el que visualizaba lo que deseaba. Eso le permitía diseñar y probar sus motores sin hacer un sólo cálculo sobre papel. A veces, las visiones se presentaban sin concurso de su voluntad y era difícil para él dilucidar si lo que percibía era producto de su imaginación o bien algo tangible. Podía hablar con amigos muertos tiempo atrás o presenciar escenas irreales como quien mira una película. En cualquier caso, también en estas películas mentales había una dosis importante de verdad, y, en el caso de Tesla, esas verdades demostraron ser de vital importancia para el desarrollo de la sociedad industrial y tecnológica.

Antes que a Tesla, las visiones coloreadas ya habían interesado a otros que, como Goethe, buscaban en ellas verdades científicas sobre el color, o que, como Najm Râzî, buscaban verdades espirituales. Râzî, que era un sufí del siglo XIII, se dedicó a explorar las implicaciones espirituales de los fotismos, tal como aprendió de su maestro Najm Kobrâ. Para Râzî, los distintos colores se correspondían a distintos niveles espirituales. En su sistema, la luz amarilla correspondía a la fidelidad de la fe; la azul oscuro, a la benevolencia. Tras ella venía la luz verde de la quietud del alma pacificada; luego, el azul claro de la firme seguridad, seguido por la luz roja de la gnosis mística y, finalmente, la luz negra del amor extático. Ignoramos cuál habría sido el diagnóstico de Râzî para Tesla.

El cine (el que huele a palomitas, el de nuestra memoria, el de nuestra percepción y el de nuestra imaginación) puede concebirse como una colección de fotismos coloreados. Y si algún cineasta ha comprendido esto mejor ningún otro, ese es Stan Brakhage. Sus películas se mueven en el terreno en que las formas dejan de ser formas, o quizás en el que empiezan a ser formas. Todo en ellas es movimiento, color y transformación. Se trata, ciertamente de unos films muy distintos a los de Rouch, pero hay también en ellos una extraña verdad. En las películas de Brakhage nada sucede y, al mismo tiempo, sucede todo. Mark Twain, que fue uno de esos amigos de Tesla que conversaban con él incluso después de muertos, escribió un libro titulado *The Mysterious Stranger*. En él, un extraño personaje, Satán, que para algunos está inspirado en Tesla, pronuncia unas palabras que describen a la perfección al cine de Brakhage:

¡Mi mente crea! ¿Entiendes la fuerza de ese hecho? Crea lo que desea y en un momento. Crea sin material. Crea fluidos, sólidos, colores, cualquier cosa, todo, a partir de esa nada etérea llamada Pensamiento.